

elocuencia de Agripina, pero sin que le tentase por manera ninguna el deseo de mostrarle á la hermosa é inspirada sobrina cómo había caído en el pensamiento que llevaba dentro de su cabeza y cómo adivinado la mujer de quien hacía todas aquellas descripciones, á cual más ajustadas con el modelo, tan cerca de sí misma como su propia persona en alma y cuerpo.

A todo este diálogo sucedía prolongadísimo silencio. Viendo Agripina que no bastaban los coloquios apeló de nuevo á los gestos. Observadora profunda en toda clase de materias, brillaba mucho más en la observación de lo sensual y voluptuoso, como expertísima natural maestra muy necesitada para todos sus planes y todos sus fines de sobreexcitar los sentidos ajenos, quedándose con la soberanía y el dominio sobre los propios sentidos; y como viera, tras toda esta disertación acerca de sus cualidades intelectuales, cuánto había seducido á Claudio la parte material de aquella escena, que se relacionaba con las sensaciones, cuán poco lo que se relacionaba con los afectos puros y con los pensamientos altísimos, decidió valerse de las primeras nuevamente. Levantó, por ende, los cercos puestos al espíritu y los puso al cuerpo de nuevo. Como para esto, en vez de servir, deservía la retórica; callóse con profundísimo silencio. Puesto que de lo material se trataba en aquella fase de la seducción, á lo material se atuvo. Las tres diosas delante de Paris, Venus en coloquio con Marte, no difundieron jamás tanta voluptuosidad en torno suyo cual Agripina difundía en torno de su presa. El águila comienza por cegar con su mirada fulgurante á la víctima que persigue con sus velos y despedaza con sus uñas. Ya deslumbrado Claudio, cogió la princesa un jarro de oro, y en transparente copa murrina vertió áureo vino de Falerno para emborracharlo con el zumo de las cepas como lo enloquecía con los efluvios de sus miradas. Quería sojuzgarlo por todos los medios, pues dondequiera que tornaba los ojos leía escritas estas fulgurantes palabras: ¡ahora ó nunca! Después de darle á beber, atracóle de confituras confeccionadas con bebedizos propios á despertar el amor y encender la sangre. Quería sumar en él con la borrachera del juicio la borrachera del amor, para extraer de un estado tan perturbador para la conciencia el deseado sí al terrible casamiento. Tras esto, cantó canciones eróticas y bailó voluptuosos bailes. El traje se

desceñía y despegaba por tal manera de su cuerpo, que, á los movimientos de una danza pírrica, descubría todo lo que excitaba el deseo de Claudio. La túnica, puesta y ceñida con el fin de vencer y encadenar á su tío, sin olvido ni desprecio de particularidad ninguna conducente á ello, no tenía mangas y así mostraba los brazos en toda su escultórica longitud. Desnudos éstos, desnudos los pies, bajísimo el escote, los pliegues del traje acomodados á las sinuosidades múltiples del cuerpo, medio caída y medio suelta la trenza de su nuca sobre las amplias espaldas, á un lado la cítara en el suelo todavía vibrante y á otro lado la copa todavía oliente, Agripina evocaba en aquel baile á las bailadoras de Cádiz que acostumbraban á excitar los sentidos de los romanos en sus orgías, ó á la egipcia Cleopatra de Alejandría, cuyos desordenados movimientos y cuyas fascinadoras miradas trastornaron á César y á Antonio en tales términos, que por ella estuvieron uno y otro á punto de perder entre los brazos de Africa la Ciudad Eterna y su vasto Imperio. Aunque hubiese querido Claudio resistirse á las tentaciones de aquella mujer, acaparaban toda la persona suya, el pensamiento, el corazón, la vanidad, las ufanías por la estirpe de quien bajaba derechamente, la inteligencia, la imaginación, los nervios tan desarreglados, la sangre tan enardecida, los ojos que se deslumbraban, el olfato que lo husmeaba todo, el gusto que á grandes tragos bebía eróticas sensaciones múltiples, el tacto mismo en aquel roce de un aliento y de un mirar, abrasadores como los de Agripina, con todas las moléculas del infeliz hipnotizado. Y no le bastó con el estado aquel que había promovido; cuando creyó que la fatiga del baile podía dañar al poder de la seducción, Agripina se desceñó el traje y se quedó como Venus ante Paris en el momento de la reluciente y apetitosa manzana. Claudio no podía ofrecerle, no, la manzana célebre de los combates y discordias celestiales; pero le ofreció, rendido á sus múltiples embriagueces, la diadema de Roma por un beso, por un solo beso.

— No hay beso — exclamó Agripina, — sin promesa y palabra de matrimonio.

Y recogiendo su túnica se la volvió á ceñir para ocultar de nuevo las gracias y seducciones del hermosísimo cuerpo.

— ¿Matrimonio? — preguntó Claudio espantado.

— ¡Matrimonio! — repitió Agripina con autoridad é imperio in-contrastables.

— ¿Pero has dicho matrimonio?

— He dicho matrimonio.

— ¿Crees poder casarte conmigo, Agripina?

— ¿No he de creerlo, Claudio?

— De tu misma opinión es Palas.

— ¡Vaya si lo es!

— Pero Calixto y Narciso te acusan...

— ¿De qué?

— De que intentaste unirte con el patricio Galba en matrimonio porque lo creías próximo al Imperio y con muchos partidarios en el pueblo.

— ¡Bah!

— De que la madre de Galba te abofeteó en pleno foro para que nunca su hijo pudiese darle por nuera mujer á quien tan gravemente ofendiera su mano.

— Yo he olvidado todo eso y lo recuerdan ellos. La madre de Galba es hoy una de mis mejores amigas.

— Pues aún dicen más.

— ¿Qué dicen?

— Que al saber tu primer marido Eneobarbo el nacimiento de Nerón, afirmó con solemnidad cómo tú y él sólo podíais engendrar un monstruo.

— Mi primer marido adoleció toda su vida de la cabeza. Estaba loco.

— Pues aún dicen más.

— ¿Qué más dicen? — preguntó Agripina estoicamente.

— Pues dicen que diste hierbas á tu segundo marido para heredarle pronto.

— ¡Y que recuerdes, Claudio, tales cosas!

— Te repito lo que dicen ellos.

— Y al repetirlo muestras que algo crees.

— No por cierto.

— Sí por cierto — dijo Agripina con tal furia que se aterró Claudio.

— Perdona, perdóname, Agripina.

— Si no fuera por mi desprecio de noble á esos libertos viles, había de mostrarte cómo ellos me detestan por haberme negado y resistido yo á ser querida de ambos, y conjurada, como la pobre mujer muerta, contra tu persona y tu Imperio.

— ¿De veras? — preguntó Claudio muy extrañado.

— Y tan de veras. Mas no insisto en mi acusación, porque odios como los míos enaltecen y honran á hombres como ellos.

— Aunque las gentes murmuran por ahí diciendo que los oigo y obedezco en todo, no paro mientes en ellos ni me creo en la obligación de hacerles caso — dijo Claudio con una formalidad tal, que la grande actriz Agripina estuvo á punto de soltar el trapo y reirse á carcajadas. Y lo hiciera, de no enfrenarla el instante supremo en aquella situación excepcional y el punto culminantísimo en su bien representado papel. Con extraño señorío sobre sí misma se tapó el aliento, se apoderó de los nervios y de la garganta, se mordió los labios, y para no convenir demasiado con Claudio, se redujo á esta única exclamación:

— ¡Ojalá!

— ¡Cosas de siervos! — apuntó Claudio, muy arrepentido en su interior de suscitar así odios caseros entre los individuos de su familia, tanto natural como adventicia.

— La calumnia cae sobre las alturas — añadió Agripina. — Toda la familia imperial ha recibido heridas múltiples de venenosas lenguas y estiletos. No pudiendo matar á los césares, hanlos deshonorado en los suyos y han pretendido asesinar sus almas en el concepto de la posteridad. Todo cuanto dicen hoy de nosotras dijéronlo antes de nuestras divinas predecesoras. Contaron que tu abuela ilustre, aquella inmortal mujer llamada Livia, cofundadora con Augusto del Imperio, cuyo apoyo fuera en los más gloriosos días de aquel excelso reinado, lo envenenara con higos de Campania. Ya sabes lo que hizo Augusto con su propia predilecta hija, mi abuela Julia, captado por calumnia de los cortesanos, que se rindieron á sus gracias y se agraviaron de sus despegos. Mi propia madre, la virtud en persona, la esposa más fiel, una dama sólo comparable con la casta Lucrecia ó con la madre de los Gracos, también atrajo sobre su frente inmaculada calumnias que le produjeron horas de verdadera desgracia, días de tristísimo destierro. Y no quie-

ro decirte lo que cuentan los calumniadores de todos los césares y de todos los príncipes en la familia imperial inscritos, por no herirte ni atormentarte con tales cuentos. Han asesinado la República los republicanos; y queriendo que nosotros carguemos con sus culpas, nos atribuyen lo por ellos perpetrado y nos piden cuentas porque la familia Julia, descendida de Venus, con troyana sangre por sus venas y griega savia por sus fibras, se asentó sobre las ruinas por ellos amontonadas y fundó el Imperio para que la ciudad no se disgregara y no se perdiera el mundo. Examina la conciencia de tus libertos, y encontrarás en ellas pavesas de las doctrinas republicanas que nos combaten continuamente creyendo sus ciegos sectarios casar las viejas instituciones con las nuevas costumbres, y se revuelven á una contra nosotros heridos y lastimados por su propia impaciencia. Somos calumniados porque somos omnipotentes. Los que nos adulan se desquitan de la natural adulación suya murmurando de nosotros, y los que nos temen se desquitan de sus temores aborreciéndonos á nosotros. He ahí el secreto de todo cuanto contra la sobrina tuya te han dicho: todo fábula, todo mentira, todo calumnia, todo.

— ¡Qué bien hablas, y cómo seguiría los consejos de Palas y me rendiría humilde á las seducciones tuyas, Agripina, si lo que nos junta en la vida no nos apartara en el tálamo, nuestro parentesco!

— ¿El parentesco? ¿Has hablado tú del parentesco?

— Ciertamente: hablé del parentesco.

— ¿Y crees que tal muralla puede separarnos?

— No, si quisieras ser mi amante; sí, queriendo ser mi esposa.

— ¿Cuáles palabras he oído? — exclamó Agripina. — ¿Estoy en presencia de un monstruo abominable, ó de un emperador verdadero? Plutón infernal: ¿quieres llevarme al orco de la deshonra cual otra Proserpina? ¿La sangre celestial que nos anima se opone á la virtud, se opone á la honra, se opone á la legitimidad, se opone á las nupcias, se opone á los afectos dulces y tiernos y humanos, pero no al concubinage, no al vicio, no al pecado, no al crimen y no al deshonra? Me amas, cuando me propones el concubinato. Pues bien: puedes en el matrimonio satisfacer tu pasión. De otra suerte no hubieras proferido la palabra proferida por tus labios sin que yo te hubiera derribado á mis pies. Llevo siempre un puñal conmigo,

como un órgano de mi cuerpo. Mira cuál brilla desnuda esta reluciente arma, que parece un broche de mi cinto y pica como una víbora del desierto líbico. Te matara si de aquí pudieras salir con esos pensamientos que te han asaltado; te matara. Yerto quedarías á mis pies, Claudio, completamente yerto. No se propone lo que tú has propuesto á una mujer como yo, sin morir en el momento mismo de formular la infame proposición. De aquí saldrás, ó esposo mío resueltamente, ó muerto.

— ¡Perdón! ¡perdón! ¡perdón! — balbuceaba el infeliz Claudio con temblores de azogado y estremecimientos de epiléptico.

— Sólo un matrimonio legítimo puede realzarme á tus ojos y á mis ojos. Le debes tal desagravio á tu hermano Germánico, el héroe cuya sangre has desconocido, insultándola en mi cuerpo. Si haces tal te amaré, como ningún ser amara en el mundo á otro; si no, te mandaré al infierno de rápida puñalada entre horrores horribles.

— No hay ejemplo de haberse casado un tío con su sobrina carnal.

— Nosotros lo daremos.

— Las leyes se oponen.

— ¿Para qué somos omnipotentes? ¡Bonita tela de araña las leyes!

— ¡Agripina!

— ¿Tú crees que no he previsto el caso y no sabré allanarte la vía conducente á nuestra común felicidad?

— ¿Qué me dices?

— La verdad.

— Apenas puedo creerla.

— ¿Quién legisla en Roma?

— El emperador.

— Pues legislando en Roma el emperador, ¿por qué tardas en poner el sello de Augusto á la derogación de unas excepciones tan bárbaras como las que nos dividen ahora é imposibilitan la mutua ventura nuestra?

— No, no legisla el emperador — exclamó temblando Claudio, — legisla el Senado.

— ¿Legisla el Senado? — preguntó Agripina con feroz alegría.

— El Senado — volvió á decir Claudio, con mayor insistencia y más tranquilo.

- Ahí te aguardaba yo.
- ¿Cómo?
- ¿Te someterás al Senado?
- Me someteré... Pero no acierto á comprenderte.
- Ya me comprenderás cuando los padres conscriptos hayan hablado respecto de nuestro matrimonio.
- ¿Hablarán?
- ¿Pues no han de hablar?
- ¿De veras?
- De veras.
- ¡Agripina! — exclamó Claudio, en quien crecía el asombro á cada instante.
- Claudio, cuando tú vas, yo estoy de vuelta.
- Si el Senado habla, yo, que me ufano con haber su autoridad restaurado, no tengo más remedio que sujetarme á su voluntad y obedecerle ciegamente.
- Pues habló. — Y Agripina dió tres golpes, á los cuales una turba de siervos se presentó en tropel.
- ¿Ha venido el censor Vitelio? — preguntó.
- Ha venido — le respondió quien á la cabeza de todos los siervos estaba.
- Que pase.
- Vitelio — preguntó solemnemente Agripina, — ¿traes el decreto de la curia?
- Lo traigo.
- ¿Qué decreto? — preguntó Claudio, llevándose á la cabeza con empeño ambas manos, temeroso de perder la razón.
- Pues el decreto que ordena tu matrimonio con Agripina.
- No hay ejemplo alguno de tales matrimonios en Roma — dijo Claudio.
- Los hay — replicó Vitelio, — pues el Senado autorizó una boda de tal género al caballero Aledio para que jamás pudiera decirse, ni ahora, ni en los siglos de los siglos, que solamente autorizaba tu matrimonio con Agripina.
- ¿Qué me cuentas? — preguntaba el emperador, sin entender una palabra de lo que sucedía.
- Todo lo sabrás. Entré solo en el Senado y pedí la palabra

diciendo que debía someterle un asunto de la mayor importancia.

Vitelio hizo aquí pausa muy larga, y Claudio, impaciente, le impelió á que hablase con voz y gesto.

— Habla, habla — le dijo con grande insistencia.

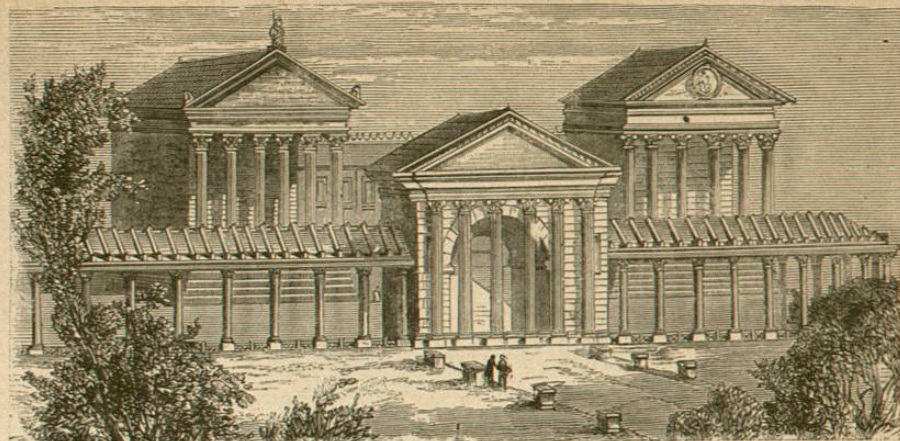
— Pinté con suma concisión la soledad á que habías quedado reducido, Claudio, en tu viudez reciente. Observé cómo los cuidados caseros se interponían en el camino de los públicos cuidados. Insistí mucho sobre que debía en todo aliviarte una mujer de alcurnia divina que conociese las obligaciones impuestas por tu rango; una mujer de sangre imperial que tuviese todas las majestades juntas; una mujer de inteligencia soberana que pudiese ayudarte al gobierno de Roma y del mundo. Dicho esto, lancé con jubiloso acento el nombre de Agripina. Joven, hermosa, inteligente, fecundísima, su corazón daría el amor que necesitaba Claudio para vivir feliz en la cima del mundo; pues no admitía en su virtud éste otro amor que el amor de su propia mujer legítima. A la objeción de que no puede casarse sino con las hijas de los propios hermanos, respondía ser cosa usadísima entre los demás pueblos y no prohibida por ley alguna. Las costumbres, dije, se alteran en el decurso de los tiempos, y así como, en otros días, no se toleraba que se uniesen primos hermanos con primas hermanas, ahora no se tolera que se casen tíos carnales con sus sobrinas: pero el ejemplo dado por Claudio y Agripina todo lo cambiará, y se abrirán en Roma vías nuevas á los matrimonios y facilidades nuevas á la fundación de grandes y poderosas familias. Cuando acabé yo de recitar tales palabras, el entusiasmo de los senadores no tuvo límites. Votóse por aclamación el permiso; y votado ya, unos se arrojaron llorando en mis brazos, otros se hincaron de rodillas á mis pies, y á una sin excepción todos aclamaron y bendijeron los nombres unidos de Claudio y de Agripina, como dos astros mayores que se levantaban juntos en el cielo de Roma. Por consiguiente, permítame, ¡oh Emperador!, que salude á la divina Emperatriz, permítelo, y tú, Emperatriz designada por los dioses, que te bendigan éstos y te prosperen por toda una eternidad.

— Mi Agripina, mi Agripina, mi Agripina — murmuraba Claudio, casado casi por fuerza, en tan terrible coyuntura y en tan supremo instante.

— ¡Claudio mío! — exclamó Agripina besándole.
 — ¿Qué hacer? — preguntó Claudio.
 — Lo que indica el pueblo — respondió Vitelio.
 — ¿Qué indica el pueblo — volvió á preguntar Claudio.
 — Acércate á esa ventana y atiende con cuidado al ruido que retumba.

— ¿Qué significa eso? — preguntó Claudio.
 — Pues el pueblo, fiel á la memoria de su predilecto Germánico, pide ahora que sanciones el decreto de la Curia y aceptes lo por mí propuesto y por todos los senadores á una votado.

— Haré cuanto queráis — respondió Claudio, abrumado bajo la pesadumbre de todos los afectos que le traían y le llevaban de un lado á otro en aquellas espirales de pasiones tremendas, de intrigas bajas, de proyectos confusos, de miras diversas en que su cuerpo y su alma se despedazaban moral y materialmente contra tantos escollos. Así firmó la tablilla en que daba su sanción al perjuo. En cuanto la hubo firmado se abrieron las puertas del palacio y se desparramó el pueblo por jardines y solares en tal número y con tanto jolgorio que temió Claudio morir al entusiasmo popular. Y en cuanto el pueblo dejó libre de su inundación el palacio de Agripina, entraron al cubículo, donde se hallaban ésta y Claudio, el hijo de la una, su Nerón, y el hijo del otro, su Germánico. Aquél, industriado ya, se lanzó al cuello de Claudio y le llamó su padre. Germánico no hizo lo mismo con Agripina; pero Vitelio le cogió de la mano y le llevó á los brazos de la nueva Emperatriz. Esta lo besó, como lame la hiena los barrotes de su jaula. El pobre joven experimentó un frío como si le hubiese besado la muerte. Así que supieron Calixto y Narciso, los dos libertos enemigos de aquella boda, cuanto acababa de ocurrir, se miraron uno á otro y en aquella mirada se dijeron estas siniestras frases: «¡Ya tan sólo tenemos que aguardar en el mundo al verdugo!»



CAPÍTULO XIII

LAS ABUELAS DE AGRIPINA

Sin comprender á Agripina, imposible comprender á Nerón, é imposible comprender á Agripina sin evocar la madre de su madre, Julia, y la abuela de su padre, Livia. De Julia sacó Agripina la insaciable sensualidad y de Livia la inextinguible ambición. Su abuela, Julia, fué hija de Augusto, ilustre fundador del imperio; y su bisabuela, Livia, fué de Augusto última mujer. Estudiémoslas. Un grande imperio, á la verdad, no es tan sólo una persona, es también una familia. Todos los allegados por la sangre y por el apellido al monarca, necesitan compartir su majestad y su nobleza. De aquí la inmensa importancia que los problemas familiares, ó sean los problemas dinásticos, alcanzan á una en toda monarquía. Las leyes romanas, escritas para un pueblo republicano, aunque admitían la diferencia esencial entre familias patricias y familias plebeyas, no contenían el caso de una familia cesárea, cuasi divina, en donde hombres y mujeres necesitan de privilegios propios, muy esplendentes, para lucir en derredor del monarca. Octavio, desde que subió al trono para fundar el Imperio comenzó á idear distinciones legales para los suyos. El sistema parlamentario arraigaba tanto en las costumbres romanas y el afán de legislar se compadecía de tal modo con la romana complexión, que Augusto pidió excepciones legales para su familia. No tenía